

*Barrenechea, Brushwood, Concha,  
Cornejo Polar, Franco, González*  
Rama y la cultura  
hispanoamericana

Las siguientes son las respuestas que algunos escritores dieron a la pregunta: ¿Cuáles han sido, a su criterio, los aportes más importantes de Angel Rama a la cultura latinoamericana?

**ANA MARIA BARRENECHEA**

Angel Rama nos ayudó a reconocer nuestra identidad en la variedad, y nuestra cohesión como pueblos hispanoamericanos. Lo hizo en el sentido horizontal, que abarca todas las regiones y países, y en el sentido vertical, que quiere enlazar las etnias y clases sociales. Y esto lo logró sin olvidos y sin cegueras, sin ambigüedades y sin confusiones peligrosas.

Le debemos el estudio de detalle de un autor marginado o de una manifestación desatendida, y también la síntesis que era necesario atreverse a proponer, aunque pareciesen prematuras, para establecer vías de acceso a la comprensión de nuestra cultura.

## JEAN FRANCO

Es tentador pensar que los trabajos recientes de un escritor sean necesariamente los mejores, pero en el caso de Angel Rama sorprende la coherencia de una línea de trabajo ya plenamente desarrollada desde hace más de treinta años. Sin duda el estudio de la institución literaria desde la independencia —proyecto que le ocupaba hasta su muerte— hubiera sentado las bases de un libro importantísimo. Durante los últimos meses de su estancia en los Estados Unidos dedicaba su formidable energía a la acumulación de datos sobre todos los aspectos de la vida cultural latinoamericana, trabajando diariamente en la Biblioteca del Congreso de Washington, que era una de las pocas instituciones estadounidenses que admiraba sin reservas. Sin embargo este estudio forma solamente una parte de un mosaico más amplio. Lo que ambicionaba Angel no era solamente escribir un libro más, sino sintetizar una tradición emancipadora americana por un lado, registrar la marcha arrolladora del capitalismo dependiente que había dejado huellas profundas en la literatura, estudiar las modificaciones de este proceso en la cultura general desde la literatura popular hasta la vida cotidiana, y encima de todo eso, pretendía constituir una práctica crítica “herética” frente a la ortodoxia semiótica—estructuralista. Esta última intención se ve claramente en el lado práctico de su trabajo: su relación con estudiantes graduados, la enseñanza que a diferencia de muchos otros profesores nunca despreciaba, las ediciones que preparaba sobre todo para la Biblioteca Ayacucho, y sus ensayos periodísticos. Como esfuerzo de un solo individuo es asombroso, especialmente dadas las peripecias de exiliado.

No creo que ayude el entendimiento de su contribución destacar solamente una parte de este vasto trabajo. Sin embargo quiero señalar lo significativo de sus ensayos que aparecían en la revista *Marcha* durante los años sesenta. Estos ensayos están marcados por una cierta visión utópica de una América liberada de los modelos extranjeros, visión muchas veces defraudada en la realidad pero realizada en la producción literaria. Consideraba a la literatura como una respuesta a problemas implícitos ideológicos, respuesta que registra en el lenguaje y el estilo las contradicciones y las anticipaciones sociales. Destacaba sobretudo la importancia del periodismo, anticipación de la cultura de masas y las modificaciones producidas por éste en los textos literarios. Desde muy temprano, se da cuenta de que esta cultura de masas se presta a la manipulación oculta de los sectores dominantes y durante los años sesenta denuncia en *Marcha* unas manipulaciones menos obvias pero más directas como los congresos

para la libertad de la cultura y la subvención de libros favorables a los Estados Unidos por las embajadas norteamericanas. Hay más. Ya en el año 62, destaca la nueva situación que representan el desarrollo repentino de los nuevos medios de comunicación. Comenta: "Hemos entrado a esta sociedad de masas que es el siglo XX, donde los medios de comunicación y de acción intelectual han sido monopolizados por grandes estructuras de poder: la radio, la prensa, el cine, la T.V., las propias editoriales que actúan en función de intereses económicos, rectores a su vez de sus intereses políticos y sociales; o en otros casos, monopolizados por un estado que también los usa en la defensa y la imposición de sus intereses".

Se veía en este momento muy consciente de este doble fenómeno, de un lado la naciente nueva novela latinoamericana cuyo lenguaje desafiaba las preconstrucciones ideológicas y por otro lado la nueva situación del escritor en una sociedad en que los medios de comunicación dan un poder ideológico nunca visto antes a los grupos de poder. Para Angel, "la responsabilidad del escritor", discutida en docenas de congresos de aquel entonces, no podía ser una consigna hueca sino necesariamente implicaba una confrontación activa ante los grupos de poder. A diferencia del intelectual liberal que creía en la libre circulación de las ideas, el escritor contemporáneo, según él, sólo puede "romper con la clase dominante, enjuiciarla en las consecuencias diarias de su actividad distorsionadora y ambicionar una creación destinada a dignificar, elevar el nivel de un pueblo, heredero legítimo de la cultura".

Es triste pensar cuán ajenas a las ideas de Angel son las Universidades actuales. La responsabilidad ha cedido a la profesionalización, el humanismo a la técnica, la emancipación social al pragmatismo. Para mí, la contribución más importante de Angel ha sido su ejemplaridad como intelectual comprometido, riguroso, americanista, humanista, en sociedades que consideraba "enemigos" los valores que representaba.

## JOSE LUIS GONZALEZ

Yo diría, sin tener que pensarlo mucho porque fue lo que siempre más admiré en él, que el aporte más importante y más interesante de Angel Rama a nuestra cultura tuvo dos aspectos sobresalientes: el alcance verdaderamente continental de su actividad crítica y de divulgación y esa insólita y difícil combinación de audacia y rigor en su análisis y valoraciones.

En cuanto el primer aspecto, sería injusto ignorar a sus predecesores: Pedro Henríquez Ureña a la cabeza de todos y después Luis Alberto Sánchez y Enrique Anderson Imbert. Los dos últimos no tuvieron la extraordinaria capacidad de síntesis del maestro dominicano y no pudieron evitar lagunas considerables en sus "panoramas", pero sus esfuerzos han sido indudablemente útiles. Angel tuvo el acierto de no intentar un nuevo panorama, imposible ya a estas alturas como no sea mediante un trabajo de equipo; pero cuando se reúnan (y ojalá sea pronto) sus ensayos y sus artículos críticos en volúmenes bien ordenados, se verá que éstos constituyen una visión de conjunto de las letras hispanoamericanas en anchura y profundidad pocas veces igualadas. No despreció, como por desgracia han hecho otros, la producción literaria de los países pequeños o marginados de nuestra América: la atención que le prestó a la literatura puertorriqueña es buena prueba de ello. Alguien me ha dicho que eso se debió, en parte, al hecho de que él también era hijo de un país pequeño. En parte, es posible; pero a mí me consta que en la actitud de Angel pesaron más otras razones: el conocimiento de la formidable capacidad de resistencia cultural de un pueblo hispanoamericano frente a la dominación extranjera y del valor intrínseco de las obras producidas por los escritores que expresan la conciencia y el alma de ese pueblo. Lo segundo, sobre todo, lo salvó de incurrir en esa lamentable deformación de la solidaridad que se llama condescendencia. A los escritores puertorriqueños nos reconoció lo que había que reconocernos y nos criticó lo que había de criticarnos. Exactamente lo mismo, justo es recordarlo, hizo su compañera Marta Traba con nuestros artistas plásticos y gráficos.

Partiendo de lo ya iniciado por Henríquez Ureña y algunos de sus discípulos directos, Angel Rama, sirviéndose de un nuevo instrumental teórico que aquéllos por razones de tiempo histórico no llegaron a conocer, adelantó enormemente la labor de desentrañamiento de las relaciones entre el desarrollo social y la producción literaria en América Latina. Ningún método de análisis, por otra parte, fue camisa de fuerza para él; y su compromiso explícito con las mejores causas políticas de nuestros pueblos nunca lo llevó a acatar el consignismo fácil y en última instancia irresponsable que cultivan tantos de nuestros escritores de izquierda. Pagó con entereza el precio injusto que la independencia —que no neutralidad— de criterio intelectual todavía entraña en nuestras tierras, a sabiendas, estoy seguro, de que en ello residía la porción más perdurable de su magisterio.

**JOHN S. BRUSHWOOD**

John: ¿Cuándo piensas contestar la pregunta que te hizo el amigo Jorge referente a la obra de Angel Rama?

Brushwood: Pues ahora mismo, nada más que la pregunta no es fácil, ya que se refiere al aporte de Rama a la cultura latinoamericana.

John: No me parece nada difícil. Evidentemente Angel hizo una obra estupefaciente.

B'wood: Sí, claro, el problema tiene que ver con esa palabra "cultura". La obra de Angel Rama tiene que ver con la Literatura y prefiero hablar de este tema sin meterme en cuestiones del papel que desempeña la literatura en la cultura.

John: ¡No seas tan quisquilloso, maestro universitario! ¿Por qué no dices de una vez cuál es la característica de Angel que más te impresiona?

B'wood: Pues, que Angel Rama sabía hacer crítica ideológica sin inundarme en dogma.

John: ¿No quieres citar algún ejemplo específico?

B'wood: Con todo gusto. Recuerdo bien el ensayo de Rama sobre las novelas y cuentos de Juan García Ponce, estudio que me fue muy útil cuando yo escribí un artículo sobre el mismo autor.

John: ¿Por ser crítica ideológica?

B'wood: En el primer momento, no. Me llamó la atención por su título, "El arte intimista de García Ponce". No sugiere nada de revoluciones ni de política. Efectivamente, Rama expone con claridad magistral los temas de García Ponce y su relación con la obra de Pavese y de Musil. El significado social se aprecia en la reacción negativa de parte de los personajes de García Ponce, frente a la civilización moderna.

John: ¿Cuáles son las peculiaridades de esa reacción?

B'wood: En las palabras de Rama, "...La actitud de rechazo a las obligaciones del orden social urbano recorre toda la literatura de García Ponce. Es el autor donde más visible es la rebeldía contra el régimen de prestaciones que fatalmente impone la sociedad del siglo XX, uno de cuyos buenos ejemplos es el México del presente, donde desde hace sólo treinta años se han intensificado, y quizás porcentualmente más que en cualquier otro punto del continente latinoamericano, los rasgos de la so-

ciudad masiva y tecnológica”.

John: ¿Y cuándo dijo eso?

B'wood: No sé exactamente cuándo lo escribió. Yo lo leí publicado en el primer volumen de *Nueva novela latinoamericana*, libro de ensayos recopilados por Jorge Lafforgue y editado en Buenos Aires por Paidós, en 1969.

John: ¿Qué impresión te causó?

B'wood: En primer lugar, me gustó que el ensayista expusiera la relación entre la realidad “intimista” y la circunstancia social. Siempre he pensado que las novelas de denuncia obvia revelan menos de la profunda circunstancia social que las novelas más sutiles que aparentemente no versan sobre las fallas de la sociedad. Aún más importante para mí fue la identificación de una generación por Rama –al lado de García Ponce, nombró a Sergio Galindo, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Inés Arredondo, José de la Colina, Emilio Carballido y Luisa Josefina Hernández.

John: ¿Por qué te parece tan importante esa lista de escritores?

B'wood: Precisamente porque varios son autores de novelas intimistas o por lo menos novelas que destacan los problemas de los personajes como individuos, no los grandes panoramas de la vida mexicana. Me interesó especialmente la presencia de Galindo, ya que siempre he visto un elemento de rebeldía en sus novelas –muy sutil desde luego– que sugiere constantemente la posibilidad de mejorar las relaciones entre los seres humanos.

John: Bueno, acepto que Angel encuentra una significación sociológica en una obra fundamentalmente intimista. Por otro lado, no creo que por eso tenga fama de crítico sociológico. Seguramente habrá hecho estudios más obviamente de índoles política o sociológica.

B'wood: Naturalmente. Tomemos por ejemplo su ensayo sobre *Los dictadores latinoamericanos*, publicado en la serie “Testimonios del Fondo” por FCE en 1976. En esta obra, Rama analiza las peculiaridades de los dictadores desarrolladas por varios novelistas latinoamericanos. El contenido político/sociológico es evidente. Por otro lado, el análisis literario es acertadísimo y mediante tal, Rama expone no solamente el mito del dictador (singular, típico) sino las personalidades de los dictadores (individualizados). De esta manera, el texto de intento sociológico contiene un elemento intimista, así como en el texto intimista se encuentra un significado sociológico.

John: Tienes razón. ¿Y tú opinas que estos ejemplos definen el aporte más importante de Angel a la Literatura?

B'wood: Y posiblemente a la cultura. Recordando una vida tan productiva como la de Angel Rama, prefiero decir —en lugar de “más importante”— que estos ejemplos revelan la riqueza y la amplitud de su pensamiento.

John: Sí, estas cualidades de su intelecto corresponden a su personalidad generosa.

## ANTONIO CORNEJO POLAR

Se puede tener la tentación de separar en la figura de Angel Rama su producción intelectual, las miles de páginas brillantes que escribió sobre una temática variadísima, de las tareas culturales que fue asumiendo apasionadamente durante su vida, desde el ya mítico semanario *Marcha* hasta la monumental *Biblioteca Ayacucho*. Y creo que sería un error grave, profundamente tergiversador, porque lo que definió mejor a Angel Rama fue precisamente la tenaz coherencia entre su práctica cotidiana del quehacer cultural, tan azaroso entre nosotros, y su pensamiento. Acción y pensamiento se alimentaban mutuamente en la vida de Rama y formaban una unidad superior, sólida y fluida, como puede observarse en la *Biblioteca Ayacucho* que tanto reflejó el carácter global y comprensivo del americanismo de su Director, cuanto propulsó sus últimas y más audaces reflexiones teóricas sobre la índole profunda de nuestra cultura, sus relaciones con la vida social que le corresponde y su vínculo universalizador con la modernidad.

No me animaría a afirmar que esta coherencia fue el “aporte más importante de Angel Rama a la cultura latinoamericana”, que es la pregunta que formula *Texto crítico*, pero sí estoy seguro de que esa fue una de sus lecciones más luminosas. En un mundo cuyas terribles contradicciones nos envuelven sin cesar, era bueno saber que Angel Rama, encarándolas en todo su dramatismo, podía seguir siendo coherente y que esa coherencia, admirablemente lúcida, no se nutría del sosiego o la prescindencia, sino, al revés, de la vehemencia, la pasión y el coraje.

Tal vez por esto, Rama fue uno de los pocos intelectuales que resolvió con soltura y eficiencia, en términos absolutamente contemporáneos, algunos de los permanentes dilemas (tan mal planteados con frecuencia) que atenazan a la cultura latinoamericana: el que opone identidad nacional o regional a universalidad o el que enfrenta la urgencia de la modernidad con la necesidad de entroncarse en la tradición propia, por ejemplo. En estas síntesis perspicaces advierto el magisterio de Henríquez Ureña, gran maestro de humanismo, pero como en toda auténtica transmisión de cultura lo que prevalece es la transformación audaz y respetuosa del legado recibido. Transformado por Angel Rama, ese legado es hoy una de las responsabilidades primeras del intelectual latinoamericano. Será necesario otra vez —y siempre— preservarlo, modificarlo, perfeccionarlo.

En términos más precisos quisiera destacar dos estudios deslumbrantes: “El sistema literario de la poesía gauchesca”, que apareció como prólogo al tomo *La poesía gauchesca* de la *Biblioteca Ayacucho* y que de alguna manera representa la culminación de sus reflexiones sobre el tema, recogidas en *Los gauchipolíticos rioplatenses*, y “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana”, que ampliado y editado con otros artículos relativos al mismo asunto, entre ellos dos muy sagaces sobre Arguedas, formó parte de uno de sus últimos libros: *Transculturación narrativa en América Latina*. Ciertamente tiene algo de arbitrario seleccionar estos dos estudios, habiendo otros tan notables como los dedicados a Martí, Darío o la nueva narrativa hispanoamericana, pero juzgo que en los mencionados está plasmado, con espléndida plenitud, el pensamiento crítico más característico de Rama: aquel que nutriéndose de la mejor antropología examina con sutileza y precisión la convulsa densidad de la cultura —de las culturas— de América Latina.

Creo que en estos artículos es evidente que Angel Rama siempre supo que pensar en nuestra literatura era pensar en toda nuestra América. Y que el pensamiento creador, como era el suyo en grado eminente, no sólo da razón del mundo: lo transforma. Por esto, más allá del dolor incabable de su muerte, en el recuerdo de Angel hay siempre una opción de esperanza.

## JAIME CONCHA

Prefiero responder en orden cronológico, esto es, con el desorden temporal y espacial que implican las relaciones humanas.

Lo primero que leí de Rama fue su estudio de *El pozo*, de Juan Carlos Onetti, publicado como posfacio a la segunda edición de este relato, allá por los comienzos de la década del 60, si no me equivoco. Era un estudio sobremanera iluminador, que precisaba el momento uruguayo en que surgió esa temprana narración. En él Rama buscaba mostrar sobre todo el efecto de ruptura dentro de una tradición literaria bastante anquilosada, por lo menos en la percepción del propio novelista. Se trataba, por lo tanto, de lo que hoy se llamaría un capítulo de sociología de la literatura.

Pasaron algunos años y pude conocer personalmente a Angel en Concepción, Chile, 1968. Había llegado, junto con otros invitados, para asistir a un Congreso de Escritores Hispanoamericanos que tuvo lugar en el país. De ese Congreso hizo Marechal un gracioso y memorable epitafio, que “rezaba” más o menos así:

Aquí yace sepultado un encuentro  
de derechas, de izquierda y de centro.

Cometí en esa ocasión el error de invitar a Onetti a un curso en que estábamos justamente estudiando parte de su obra. Desde su entrada en la sala, el silencio de Onetti fue perfecto, como diría Maese Borges. Los alumnos no entendían por qué el invitado parecía “resistirse” a hablar. Ya la catástrofe se avecinaba cuando llegó Angel, me salvó. Aclaró todas las cosas y contestó todas las preguntas. En esa oportunidad —podría decirse sin injusticia— habló Onetti como por un oráculo.

En las encrucijadas del exilio, coincidimos después en algunos puntos sospechosos: Florida, para un congreso sobre el modernismo; Stanford, por suerte sin congreso; y Middlebury, en medio del Estado subdesarrollado (¡sí!) de Vermont. Hablamos de cuanto hay, menos de uno que otro tema tabú, en que las probabilidades para entenderse —Borel *dixit*— revelaban más bien una “convergencia débil”.

En sus trabajos ensayísticos y de crítica literaria, las cualidades de Rama son visibles, sus aportes duraderos. La amplitud de su enfoque latinoamericano es una y uno de ellos. Nada de lo latinoamericano dejó de interesarle, como lo muestra, entre muchos otros, su libro sobre el Mo-

dernismo (Caracas, 1973) en que se pasa revista, con perspicacia y sin igual sindéresis, incluso a figuras menores del movimiento.

Otro de los rasgos más constantes en su actividad intelectual lo constituye una acentuada perspectiva socio-cultural. Es posible que el contacto permanente con su hermano, el sociólogo Carlos Rama, a quien tanto quiso, tenga en ello algo que ver. Si no juzgo mal, Rama era ecléctico en sus bases sociológicas, pues combinaba ciertos elementos del análisis marxista con aspectos y orientaciones del funcionalismo norteamericano. Una prueba póstuma es su ensayo sobre *La ciudad letrada*, que acaba de publicar Ediciones del Norte (Hanover, New England, 1974).

Legado práctico y espléndido de su tesón como latinoamericanista es la *Biblioteca Ayacucho*, que comenzó a publicar con el apoyo financiero e institucional del gobierno venezolano. Lo bien meditado del plan y lo abarcador del diseño representan de por sí una lección intelectual. Allí están las siempre olvidadas literaturas precolombinas —la azteca, la maya, la quechua y la guaraní; allí están los principales textos coloniales que, con o sin anacronismos, fundan el futuro al cristalizar el pasado; allí figuran también Humboldt y los viajeros franceses del siglo XVIII, casi siempre excluidos de la enseñanza oficial en los centros “latinoamericanísticos”, etc. Pero en este “etcétera” va implícito, como marca y como sello, el hecho de que *Ayacucho* haya sido encabezada por la *Doctrina del libertador* y por el *Canto general*, ya se sabe de quién.

¿Divergencias? Ninguna fundamental. A veces, echaba de menos en sus escritos una mayor conciencia del lado creativo y vibrátil del lenguaje. Otras —pero esto es apenas un tic personal— me distanciaba una distinta concepción de la crítica literaria. Esta, en uno de sus aspectos, es por supuesto un modo de reaccionar ante los estímulos del medio cultural, pero es también —lo creo— la órbita de una aventura solitaria. Difícil complementariedad, es claro; pero si la onda y el corúsculo...

Sea de ello lo que fuere, este latinoamericano que nació en el Uruguay, que vivió en Colombia y en Venezuela, que fue expulsado de los Estados Unidos durante la presidencia de Reagan y que murió en Madrid en vuelo hacia la América del Sur, tuvo por cierto una trayectoria variada y llena de sentido. La posteridad irá definiendo mejor el ensanche de sus ondas e iremos comprendiendo más y más el núcleo de lo que pensó.